

DOS CALAVERAS

Por Franz Lobo

“Nunca te arrepientas de lo que has hecho. Nunca des explicaciones. Nunca te disculpes por nada, pero tampoco esperes que los demás lo hagan.” Ésta era nuestra trilogía, nuestra forma de vivir. Puede que ustedes no crean que esos principios merezcan la pena, puede que los consideren como una filosofía bastante endeble e incluso egoísta. Da igual, no tengo que dar explicaciones, no lo hice entonces y no lo haré ahora. Pero sí les voy a contar una historia. Una historia de dos amigos un tanto calaveras.

Nunca tuve un hermano, tuve algo más, un alma gemela, un compañero de juergas y desafíos, de borracheras y turgorios, de risas hasta que dolía la tripa, pero también de alguna lágrima. Éramos Johnny Calavera y Tony Calavera, y nadie podría decir quien estaba más loco de los dos. En realidad, vivimos como queríamos vivir. Todo lo hacíamos porque era nuestro deseo, puede que a veces, muchas veces, por simple curiosidad, como experiencia. Lo que no se le ocurría uno se le ocurría al otro. A menudo no hacía falta hablar para saber lo que pensábamos, en ocasiones, ni mirarnos.

“¡Son ustedes dos calaveras, Antonio el calavera mayor y tú, Juan, el calavera menor!”

No se llegó a imaginar la profesora de latín que sus palabras iban a tener tanto futuro, tanta razón. Desde ese momento, en los ya lejanos años del instituto, no sólo tuvimos nuestra amistad, sino también un mote, un nombre de guerra: los dos Calaveras, suficientemente sonoro para nuestro gusto y creado por la Sra. Vinagre en persona, no una más de nuestros sufridos profesores, sino nuestro blanco favorito. Ella tenía más capacidad para demostrar su desprecio por un alumno de lo que jamás se haya visto. Su piel adquiría miles de tonalidades, entre el gris y el púrpura encendido, su rictus de incredulidad lo hubiese deseado más de un actor de Hollywood.

El instituto, y la universidad después, no fueron sino campos de juego, otro lugar donde desarrollar nuestros instintos para descubrir lo extraordinario, para hacer cada día diferente. Estudiábamos lo justo para ir pasando cursos, rápidamente nos entusiasmábamos con cualquier cosa que pudiera tener su utilidad, a la cual sacarle su jugo. Las clases de química nos sirvieron para tener nuestro propio laboratorio de drogas en casa. La botánica para hacer crecer todo tipo de plantas con efectos medicinales. La economía y las matemáticas fueron aplicadas en seguida para obtener beneficios en las timbas nocturnas de póquer. ¡Y qué decir de los deportes! ¿Cómo hubiésemos sobrevivido a las peleas a puñetazos y a las carreras con policías o con matones de todo pelaje si no hubiera sido por el profesor Mazinger, el auténtico hombre de hierro?

Luego, ya con dinero en los bolsillos y un par de años más, las locuras adquirieron otra dimensión. Ya no nos limitábamos al barrio y las zonas calientes de la ciudad. ¡El mundo era nuestro! Cacerías de osos en los Urales, vuelo sin motor en la Polinesia, todo el continente americano en auto-stop, el carnaval de Río y un recorrido por todos los

bares y burdeles del globo. “Imposible es sólo un punto de vista”, era otro de nuestros lemas. Visitamos tantas comisarías como museos, nos bañamos en todos los mares con nombre conocido, y el que no lo tenía se lo poníamos nosotros. Las mujeres iban y venía de nuestras vidas, rara vez aguantaban más de algunas semanas ese ritmo tan vertiginoso, al cual sólo Tony y yo le encontrábamos sentido.

Una noche del verano argentino nos encontrábamos en una zona turística de playa. Volvíamos de unas semanas de cabalgar por la pampa, uno de los lugares más solitarios e inabarcables que conozco y estábamos hambrientos de otra compañía que no fuera la nuestra, hambrientos de fiesta y de mujeres. Una botella de absenta, con sus cucharillas de plata y su azúcar, fue el principio de la noche. Puede que yo me bebiese algo más de la mitad, y puede que diese algo menos de dos bocados al enésimo chuletón. Lo cierto es que lo último que recuerdo es estar discutiendo con alguien a la entrada de un garito.

A la mañana siguiente abrí los ojos de golpe y recibí punzadas de dolor por todo el cuerpo, centradas especialmente en algo que sabía que era mi cabeza pero que yo sentía como si fuera el juguete de un torturador con mucha imaginación. Cuando pude centrar mi mirada me despejé al instante al ver mis manos cubiertas de sangre seca, rotos los nudillos en cortes y moratones. Mi camisa estaba desgarrada y sucia de sangre y barro.

“Le mataste, Johnny. Le diste de golpes hasta que no quedó nada reconocible”- dijo Tony desde un rincón, sentado en el suelo mientras fumaba y me miraba, con la calma que sólo él tenía. “No sé si envidiarte o no. Ya has hecho algo que yo nunca hice, aunque por tu expresión parece que no recuerdas mucho”.

“¡No recuerdo nada!”- dije, mi voz saliendo de mi garganta como un rugido de una oscura cueva.

“Pues entonces no ha existido”- dijo Tony. “Ya sabes, ni te disculpes ni te arrepientas, el otro tampoco lo hubiese hecho en tu lugar. Ya está todo arreglado, no hace falta que sepas los detalles, en cuanto te des una ducha nos vamos del hotel y dejamos la Argentina”.

Aquel día dejamos algo más que Argentina. Desde aquel momento yo no volví a ser igual. Si tuviese conciencia diría que me pegó una patada en el estómago, como no la tengo, creo que de alguna manera cambió mi percepción de la vida, del mundo, de todo. Es curioso lo que puede llegar a provocar algo que según Tony no existía.

Él no cambió, en todo caso extremó su comportamiento, dio el doble de puñetazos, jodió el doble, apostó su parte y la mía. Puede que estuviera ocupando mi lugar al ver que yo ya no era el mismo, al ver que no encontraba el placer y la diversión de antes. Mientras yo me diluía en mis pensamientos él disfrutaba por los dos. Un día se marchó a Birmania, a recorrer el país, sus junglas y sus cabañas, y yo me quedé en mi ciudad.

A los pocos meses me reencontré con Helena. La había conocido hace algunos años y compartió mi cama y uno o dos viajes con los dos. Me dejó al ver que no podía seguirme, que su mundo y el mío, aunque coincidieran algunas veces, eran divergentes. Yo había cambiado pero seguía siendo en esencia el mismo, divertido, impredecible lleno de anécdotas y experiencias. Esta vez nuestros mundos encajaban. Dos días después yo me había mudado a su casa. A los tres meses, para la alegría de mi madre y

el disgusto de la suya, nos casamos en Las Vegas, yo con un traje de mariachi negro, ella vestida de Elvis, pero de blanco.

Lilith y Luna llegaron juntas al cabo de un año. Ahora ya han comenzado el colegio. Creo poder afirmar que somos una familia feliz, poco convencional en las formas y en nuestros hábitos, pocas niñas podrán decir que han nadado con delfines y montado en yegua por las estepas de Mongolia., o que tienen una habitación pintada por completo por ellas mismas. Mi *wanderlust* o ansia viajera no me ha dejado del todo, sólo que ahora la comparto con los míos. Por lo demás formamos un pequeño núcleo familiar no muy diferente del resto.

En ocasiones recibo noticias de Tony, me manda correos electrónicos desde algún cybercafé en la tundra o de algún poblado en la costa del Índico. Llamadas completamente borracho desde un tugurio que visitamos juntos, postales desde el barrio en el que crecimos, fotos con alguna reina del carnaval o con algún viejo colega de farras y excursiones. Yo le cuento mi vida y le hablo de mis hijas y mi mujer, le invito a que venga algún día de visita. Pero siempre me da largas, aunque nunca me reprocha el hecho de haberle convertido en un viajero solitario. Yo nunca me disculpo, él tampoco lo espera.

Un día de Mayo, cuando vuelvo del trabajo a casa, mi hija Luna me dice que han llamado por teléfono: “Era tío Tony. Está en Bruselas y quiere que vayas a verle”- dice, divertida y curiosa por la posibilidad de ver al mítico tío Tony. Esa noche Helena me nota muy callado, pensativo, incluso cuando se desliza a mi lado desnuda entre las sábanas. “Debe ser importante. Luna me lo ha contado. Será mejor que vayas, no sólo

porque es tu amigo, sino porque tú tienes ganas de ir”- me dijo entre susurros, sus ojos oscuros llenando todo mi campo de visión. Realmente sólo hay otra persona que me conozca igual, y me está llamando.

Bruselas en Mayo es una ciudad casi alegre. La gente aprovecha las horas de sol como si el astro fuera a desaparecer para siempre, quizás es porque a veces parece que nunca volverá, que unas nubes grises y plomizas lo han raptado y lo ocultarán hasta que llueva cerveza. Y cerveza no llovió aquel día, pero por nuestras manos pasaron unas cuantas. Hablamos de esto y lo otro, de los viajes que había hecho él solo, de los sitios que habíamos visto juntos, de otras cervezas, otras cenas y algunas mujeres. Era ya de madrugada cuando salimos del último bar, nuestros pasos, no todo lo rectos que podían ser, pero mucho más firmes de lo que se podía esperar, nos dirigieron a terreno conocido, casi como si se anduviesen solos. Desde la Grand Place hasta el barrio de Ixelles, siempre subiendo. Una vez en Ixelles, rodeados de casitas estrechas de cuatro o cinco plantas, saltamos una tapia y nos adentramos en su cementerio, un sitio antiguo y lleno de historias, propias y ajenas. Nos sentamos en una lápida escrita en Flamenco y permanecimos un rato en silencio. Yo, a la espera, Tony buscando las palabras adecuadas para decirme porqué me había convocado, aparte de para tomar cervezas.

Por fin, después de un suspiro extraño en él, habló:

“No te lo he contado todo Johny. Quizás porque hay mucho que contar. Yo también he matado, de hecho he participado en un par de guerras. Ya sabes lo que me gustaba cazar, pues bien, he disparado y he cazado a otros hombres. He saqueado, incendiado y violado poblados enteros. He visto el horror, Johny, el horror más cruel e inhumano, el que yo causaba. Y aún así seguía buscando, sintiendo el odio puro y el miedo en su

estado más primigenio, más animal. He llegado a ser uno con todos mis sentidos, a depender de ellos, a ver por mis oídos y escuchar por mis ojos, porque mi vida dependía de lo que hiciera, de lo que sintiera. Creo que ya es suficiente. No hay nada más que quiera o pueda sentir, nada nuevo, nada viejo que me haga sentir vivo. Sé que no me queda mucho tiempo. Físicamente estoy bien, sano como siempre, fuerte y vital. Pero algo me roe por dentro, algo me mordisquea la cabeza y hay veces en las que creo que voy a dar un pequeño paso y vivir para siempre en el reino de la locura. No tengo miedo, pero sé que no hay nada que tú o yo podamos hacer. Antes de que yo no exista quería verte de nuevo, revivir el pasado. El futuro es breve y oscuro, amigo mío....”

No es fácil dejarme sin palabras, y en ese momento tampoco veía una manera de ayudarlo ni de convencerlo. En mi interior sabía que lo que me estaba diciendo era correcto y que poco podía hacer. Estiré mis agarrotadas piernas sobre la lápida y escuché un tintineo, cristal contra cristal. ¡Las provisiones del mini-bar! Había olvidado que antes de salir del hotel vacié en mi mochila los alcoholes de la bien provista neverita del Hilton. Por si acaso, me dije. El acaso había llegado, repartí las botellas entre los dos y comenzamos a beber y a brindar: por los dos calaveras, por nuestras madres, por mis hijas, por un camellero que nos había hecho cruzar el Sáhara, por una chica Playboy que ambos catamos, por el burdeos, por el sushi, por el Santo Grial, por el Dalai Lama, por el Papa, por San Canuto y por el Diablo...

Llegados a este punto no sé por qué provoqué a mi amigo: “Bueno, si vas a morir antes que yo me tendrás que contar cómo es aquello, ¿no crees?”

“Lo haré Johny, te juro que lo haré, no dudes de que encontraré la manera de hacerlo”- dijo Tony, sus ojos perdidos ya en lo más profundo de su interior, como pensando ya en un nuevo reto, un nuevo juego.

A las pocas horas regresé a mi ciudad con el primer vuelo de la mañana, aún cargado de alcohol y de inquietud. Helena me esperaba en el aeropuerto y compartió mi silencio con su cercanía y algún que otro gesto cariñoso. Al llegar a casa me eché sobre la cama aún vestido y dormí 23 horas. Cuando desperté todo había quedado algo difuminado, borroso, como si no hubiese existido.

Las semanas han pasado y también los meses. Hace unos días llamaron a casa. Era un policía esloveno, habían encontrado el cuerpo de mi amigo, destrozado en la ladera de un monte, había estado haciendo escalada libre durante días y algo ocurrió, una mano que no encuentra agarre, una roca que cede bajo el pié, nunca lo sabremos. Una víctima más de la montaña. Creo que sentí alivio y pesar a partes iguales. Pesar por la desaparición del amigo, alivio porque parecía haber sido la aventura y no su incipiente locura la causa de su muerte.

Ahora me encuentro sentado ante mi ordenador. Es noche cerrada y la casa está tranquila, silenciosa como una medusa. Estas son las horas que prefiero. Abro mi correo y comienzo a separar el grano de la paja, correo basura por aquí, amigos por allá. Un escalofrío me golpea desde la columna vertebral cuando veo un mensaje con el escueto “hola” habitual, pero enviado desde una dirección que nunca había visto, pero que despierta en mí algo parecido al miedo. Si calaveramayor@yahoo.hell es Tony, yo

espero, por una vez, que sea un virus, transmitido automáticamente. Al fin y al cabo, ¿los muertos no mandan e-mails, no?

Abro el correo con dificultad, las manos temblando sobre el ratón. No parece un virus, son unas pocas palabras: “Ya he llegado. Como ves cumplo mis promesas. Este lugar te sorprendería, ya hablaremos”. Reconocí su estilo lacónico enseguida, brevedad y falta de emoción al escribir, daba igual si era desde un penal malayo o desde una expedición oceanográfica. Pero esta vez se había superado, vale que los muertos no suelen escribir mucho, pero hacerlo y contar tan poco era algo típico suyo. Si hay algo que se pueda llamar típico en esta situación. Alcanzo la botella de tequila de un estante y bebo un buen trago, hasta que me arden las pestañas. Las manos siguen temblando y las piernas no responden mucho mejor. Cuando oigo un ruido que proviene del ordenador mi corazón da un vuelco. No, no puede ser. Que tu mejor amigo muerto te mande un correo es una cosa, que lo haga desde una dirección inexistente y de un dominio imposible, otra cosa también grave. Pero que se encienda la luz parpadeante del Messenger, que te esté esperando para tener una charla entre amigos, entre este mundo y el otro, para eso no hay nada que te prepare, nada que te separe del horror absoluto, ningún motivo real al que aferrarse. No sé si quiero saber, no me atrevo a leer sus palabras. Por una sola vez en la vida me arrepiento de algo que haya hecho, de un juramento en un cementerio, de unas palabras que atan después de la muerte.